

Con mano temblorosa dimos vueltas a los capítulos finales de "La última canoa", novela de la raza alacalufe, publicada a mediados de 1977 por Osvaldo Wegmann Hansen (1). Son dos gruesos volúmenes con un total de casi quinientas páginas. Su autor, enamorado de la tradición marítima de Magallanes, evoca en esta obra, bajo el delicado velo de un idilio de amor, la tierna y vibrante epopeya de aquellas tribus primitivas, nómadas y marismeras por antonomasia. Mantener vivo y ávido de emociones el interés del lector a lo largo de una dilatada acción como esta, privilegio es de los grandes narradores. Y también del tema y del escenario en que discurren los protagonistas, con sus acciones y reacciones.

Eufónicos nombres indígenas van flotando en el relato: Noshué, Takerá, Chaccuá, Tchakwal, Ketkoyo y tantos otros. Personajes principales de la novela: el padre Torres —protector de los indios—, Petáyer y Kotau, su novia de la infancia.

¿Cuál es el eje millagroso que da paradójica fuerza a este libro? El resonado y emotivo proceso de trans-culturalización de un niño alacalufe de precoz inteligencia. Llámase, ya lo dijimos, Petáyer. Tras de recibir las aguas purificadoras del bautismo, educase en Punta Arenas, interno en el Colegio de Don Bosco. Apadrinado por el Presidente Aguirre Cerdó, ingresa después en el Ejército y termina en despacho de mecánico de joven correcto y juicioso y hasta sus rasgos físicos, depurados al contacto con el medio ambiente, le hacen ocultar su origen indígena. Las sorpresas de la moderna vida en la capital, la lectura de obras de etnología e historia; en suma, las conquistas de la cultura, transforman por completo al primitivo Petáyer, hoy llamado Lientur Mensier. Empieza a disfrutar plenamente de esta

Gran novela de la vida austral

"La Última Canoa", de Osvaldo Wegmann

Por HERMELO ARABENA WILLIAMS



Oswaldo Wegmann con uno de sus perros favoritos.

nueva y fascinadora etapa de su existencia. Pronto contrae matrimonio con Clara Yáñez, maestra primaria. Es un occidental hecho y derecho. Con su mujer forja proyectos halagadores. Gozan ambos de tranquilo bienestar. Olvidase el cabo Lientur, incorporado a la Maestranza de Aviación, de su pasado, de sus antiguas costumbres y de los fríos isleños de Puerto Edén, su rincón nativo.

Una repentina carta del sargento Sandoval, otro de sus protectores, lo vuelve a la realidad. Repróchale en ella su prolongado silencio y la triste situación de los alacalufes, explotados por el nuevo jefe que lo reemplazó en aquel lugar. "Tus padres —le agrega— no están bien y requieren tu ayuda".

Sólo una breve carta. Pero esas lacónicas líneas lo despertaron de sus sueños de grandeza y refinamiento social. Sincerándose ante un compañero, dícele Lientur: "No te mento si te digo que ha cesado para mí el embrujo de las grandes ciudades, las maravillas de la civilización, el atractivo de mi profesión de mecánico. Hoy día ajusto tuercas con la misma suficiencia y tranquilidad con que un alacalufe despegaba choigas en las rocas de Puerto Edén, como una cosa de rutina, sin importancia. Pero mientras tanto, recuerdo los canales y los fiordos silenciosos; las canoas de los nativos, navegando por las costas alejadas; las ruinas de peiles, humeando bajo la lluvia; los viejos alacalufes junto al fuego, hablando del tiempo, de la marea, del viento y de los pájaros". (Pág. 56, II Parte).

Contrariando la voluntad de su mujer, el cabo Lientur

de cariño. Poco a poco, el hechizo telúrico y la rústica llaneza de los isleños lo reconquistan de los brazos avasalladores de la civilización. Tornará a vivir de la pesca y de la caza, los dos senos que alimentaron a la humanidad primitiva.

Más no todo es grato para nuestro héroe. Primero pierde a su padre. Pronto tiene dificultades con el ambicioso sargento Mayer, que a vil precio les compra las pieles de nutrias a los indígenas. En su propósito de defenderlos, encomienda la construcción de una chalupa a un chilote. Fugase en esa embarcación con su tierna Kotau, su madre y hermanos. Lleven provisiones para emprender un largo periodo de caza. Su idilio con la dulce indiecita, ahora su afecchó (esposa) le ofrece una promesa aún más dulce: un piquisini (hijo) que nacerá en pocas lunas más.

Dichosa amores esos. Su escenario es el dólido de los archipiélagos, la mansedumbre de los canales y los bosques vírgenes. Admirándolos, Nientur convertido en Petáyer, exclama junto a su amada: "¡Oh, qué lindo es esto! Le pondremos caleta Kotau".

El mar, celoso de ambos, interrumpe tanta felicidad. La chalupa de los viajeros, azotada por la tempestad, sufre desperfectos cuando permanece anclada en un abra. Ellos lo obliga a quedarse en un isleto más del tiempo prevenido. Con resuelto ánimo comienzan a construir una canoa de emergencia. Urge regresar a Puerto Edén en busca de materiales para reparar la chalupa, que es más segura. Embarcarse en el frágil

leño, obra de sus manos. Van confiados y optimistas. En lo mejor de la traviesa los azota un fuerte viento. La canoa sube y baja empujada por las olas. De súbito, hacia la popa, aparece la cabecita de un lobo marino. La madre de Petáyer grita aterrorizada: "Es una maldición: anuncia la muerte".

"¡Callést, por favor, madre!", le repuso aquél.

Pero el lobo siguió tras la canoa. Y tras de la canoa, las furias del oleaje y la muerte de los dos jóvenes enamorados y de sus acompañantes.

—¡Qué bárbaro! Si los alacalufes no construyen más canoas, hace muchos años— comentó un curioso al único sobreviviente del naufragio.

La novela, a pesar de la lentitud de su acción, atrapa, de capítulo en capítulo, en sus cautivadoras mallas al lector. Un aire de agreste poesía circular en torno de sus protagonistas. ¡Cómo se advierte el profundo sentimiento de piedad y ternura hacia los indígenas que inspira al autor! En el sencillo e ingenioso diálogo de ellos, especialmente el sostenido entre Kotau y Petáyer, parecieran resonar aquellos inefables acentos que Saint Pierre puso en labios de "Pablo y Virginia". Todo escrito y descrito con espontaneidad comunicativa. ¡Qué importan los descuidos de estilo! Cada página palpita de aliento vital, regala una viñeta difana de aquella exótica región surcra. Hasta el trágico desenlace es grandioso.

Bien merece Osvaldo Wegmann Hansen, chileno de ascendencia suizo-escandinava, un Premio Nacional de Literatura.

"La Última Canoa", desafiante de tempestades, seguirá navegando en el recuerdo de los que amamos las tradiciones marinas y raciales de Chile.

(1) Talleres de la Industria gráfica "Hersaprint" Ltda., Julio de 1977, Punta Arenas.

"La última canoa" [artículo] Fidel Aranedo Bravo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Araneda Bravo, Fidel, 1906-1992

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"La última canoa" [artículo] Fidel Aranedo Bravo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)